

1ª Carta a Ramón

24 de mayo de 2001

¡Hola Ramón!

Han pasado 21 años desde aquel 24 de mayo de 2001, un tiempo suficiente para que los debates internos anteriores a esa fecha, especialmente los surgidos por el evento más importante de mi vida, tu prematura despedida de este mundo, pudieran ser planteados, meditados y, después de largos procesos de reflexión, concluidos en convicciones y principios esenciales que han cambiado radicalmente mi vida. Nada es producto de la improvisación ni de las circunstancias del momento.

El tiempo, el silencio y la soledad fueron marcando el proceso idóneo que garantizara que dichas conclusiones procedieran de mi interior, independientes de mis sentimientos y conocimientos; que fueran productos de algo excepcional que me había ocurrido, capaz de revestir una nueva fuerza indicándome la necesidad de buscar otro camino ilusionante y pleno.

Un nuevo concepto de alegría, nunca sentido hasta ahora, me hacía reafirmar que esas conclusiones no eran derivadas lógicas del modo de vida de este mundo, ni estaban fundadas en axiomas y convicciones que habían predominado, hasta ese momento, en mi vida. Era una alegría atemporal, sin causa aparente, inexplicable después de perder o ganar a tu único hijo, ampliada en el transcurrir del tiempo, pero esencialmente comunicadora y mensajera:

"Todo era necesario para que sintieras a Cristo Resucitado".

La naturaleza, el caminar en soledad, el silencio dispuesto a oír, la contemplación en un rincón oscuro de un altar, son marcos idóneos para iniciar la reflexión. Dejé mi mente vacía, expulsé mis convicciones, abrí el oído de mi corazón e inicié el debate... poco a poco, no tenía urgencia en la respuesta, podía durar toda una vida. Se inició la formación de una idea que iba evolucionando y madurando hasta concluir en la definitiva, distinta a la inicial, ajena a mi voluntad, pero con la plena certeza que proviene de otro Orden, donde prevalecen otros valores distintos a los de este mundo:

"La reflexión se ha convertido en oración".

Tú, mejor que nadie, sabes cómo ese día señalado convirtió, de forma súbita, el dolor humano más grande posible, la pérdida de tu único y amado hijo, en un estado de serenidad, plenitud y felicidad, que me impulsaba a iniciar una nueva vida transcendental:

"Tu vida iluminó mi camino".

Fue tan desconcertante esa sensación de conversión que necesité tiempo, casi un año, de soledad y reflexión para conocer toda su dimensión. No hubo jamás una soledad tan compartida; sentía tu acompañamiento, escuchaba tu voz silenciosa pero clara en mi interior; poco a poco me fuiste llevando a la Causa de esa conversión, fuiste un mero instrumento de la Verdad; sentía tu mano cogida que me indicaba el camino, susurrando en mi interior:

"Papa, yo no soy quien te ha dado la respuesta, es Él, Cristo Resucitado y Ascendido ese 24 de mayo, quien te ha convertido en esa Pascua única".

Pasaron hechos de difícil explicación, pero cada día tenía la sensación de que estaba acompañado en todas mis dudas, debates y reflexiones, llegando a conclusiones que yo jamás hubiera adoptado por mí mismo.

Tú sabes, porque la conoces mejor que nadie, la importancia de tu madre; ella no necesitó conversión, ella vivía la Verdad desde la autenticidad franciscana, renunció hace tiempo a lo superfluo y banal, a una vida de comodidades que pudo tener en máximo grado, por abrazar la austeridad y la pobreza, por compartir todo hasta su último minuto con aquellos que esperaban su amor y comprensión. Yo sentía que sus opiniones sencillas, sin debate ni complejidad, procedían de las personas humildes que han tenido la gracia de la revelación.

Yo era feliz en mi soledad, reflexiones y oraciones por esos montes de las Viñas, alejado del mundo que conocí, pero sentía en mi interior que Jesucristo quería algo distinto de mi vida: ¿La contemplación o la vida activa? ¿La oración, tan necesaria, por la fraternidad universal, o además, llevar la vida del Evangelio a esos lugares donde niños y mayores mueren de hambre sin consuelo de nadie que extienda y abrace su mano?

Pensé reiteradamente en esa imagen, que tanto te impactó, de la muerte de un padre con su hijo desolado entre un fuego cruzado en un lugar bélico, y tu pregunta incesante:

"¿Papá quien cuida ahora de ese niño?"

O tu mirada continua a las fotos de los apadrinados, conociendo todos sus nombres y esperando sus noticias periódicas para conocer cómo estaban.

Yo, ya conocía tu opinión, pero necesitaba conocer la voz del Padre que me indicara que ése era el camino.

Bueno, Ramón, no quiero que tus cartas sean extensas, seguiré contándote las consecuencias de ese 24 de mayo de 2001, hasta pronto, aunque yo sé que tú siempre nos acompañas.

Un abrazo continuo y eterno.

Paz y Fraternidad, Tu padre.

Fundación Ramón Medina Arce España y Sudáfrica.